

DIARIO DE VIAJE

BUSCANDO SEFARAD EN LAS JUDERÍAS DEL MEDITERRÁNEO: SAGUNTO Y LORCA

Carmelo Jordá



CAMINOS DE
SEFARAD
RED DE JUDERÍAS DE ESPAÑA

#DescubreSefarad

WWW.REDJUDERIAS.ORG



Carmelo Jordá

Carmelo Jordá vive en Madrid, ciudad en la que nació hace 48 años.

Es periodista, amante de los viajes y de la fotografía.

Lleva más de 20 años escribiendo sobre viajes, ha publicado cientos de artículos en diversos medios y colabora frecuentemente en programas de viajes y turismo.

También se dedica de manera habitual a escribir sobre política nacional, internacional o economía en Libertad digital y participa en tertulias políticas sobre todo en Es radio.

En 2021 ha publicado su libro “Lugares generalmente distantes”, en el que describe lugares que han significado algo en su vida, le han marcado o dónde ha experimentado y a los que invita al lector a viajar.

Diario de Viaje. Buscando Sefarad en las juderías del Mediterráneo: Lorca y Sagunto. Edita: Red de Juderías de España. Plaza de Maimónides, s/n. 14004 Córdoba (España), www.redjuderias.org.

Todos los derechos reservados / All rights reserved

DIARIO DE VIAJE

BUSCANDO SEFARAD EN LAS JUDERÍAS DEL MEDITERRÁNEO: SAGUNTO Y LORCA

Carmelo Jordá

Viajar suele ser transitar en el espacio, atravesar el territorio de un punto a otro, ya sea prestando más atención a lo que encontramos mientras avanzamos o centrándola toda en nuestro destino. Pero también puede ser -y esos son los mejores viajes para mí- movernos en el tiempo, ahondar en el pasado que nos explica el presente o incluso nos dice cómo puede ser el futuro.

Así son, y por eso me gustan tanto, los viajes que hacemos por las juderías de España: no sólo avanzamos y retrocedemos siguiendo los no tan infalibles consejos del GPS, sino que retrocedemos a épocas lejanas, a tiempos distantes en los que Sefarad no era una palabra cargada de nostalgia. Así imagino que va a ser, y por eso espero tanto de esta ruta, conocer Lorca y Sagunto.



DE JUDERÍAS Y CASTILLOS Y JUDERÍAS EN CASTILLOS: LORCA Y SAGUNTO O SEFARAD EN LEVANTE

Hay dos muy buenas razones para salir pronto de Madrid por carretera cuando inicias un viaje: llegar antes a tu destino y evitar el tráfico caótico de las mañanas madrileñas. Motivos más que de sobra para que al amanecer me encuentre ya en mi coche y adentrándome en las primeras llanuras de la Mancha.

Voy camino de Lorca, una ciudad de la que casi no teníamos noticia hasta que tembló la tierra hace justo diez años y a la que, lo confieso, difícilmente habría viajado de no ser por un pasado sefardí que según me cuentan es allí tangible como en casi ningún sitio de España, un milagro arqueológico de esos que la historia nos regala muy pocas veces.

Después mi ruta virará al norte y se acercará a la costa para conocer otra ciudad en la que no he estado nunca pero que sí se había colado alguna vez en mis planes: la Sagunto íbera, romana, musulmana y, por supuesto, también judía. Muy judía de hecho, aunque tan a menudo eso quede a la sombra -literalmente como descubriré después- del gran teatro que dejó allí como regalo el emperador Tiberio.





DÍA 1: LORCA, PARADOJAS FELICES

Llego a Lorca a media mañana, con tiempo suficiente para sumergirme de lleno en ese pasado que tanto me interesa. Además, para ello tengo la suerte de contar con la compañía más apropiada: Andrés Martínez, director del Museo Arqueológico Municipal de Lorca.

Me recibe en su propio despacho en el Museo, que está en un coqueto palacio de finales del XVI y principios del XVII con un cierto aire andaluz, quizá sólo por desviación de mis ojos profanos, quizá porque, al fin y al cabo, estamos a sólo unos kilómetros de Almería. Andrés me enseña mapas, fotos y documentos para explicarme lo excepcional de la judería de Lorca y la suerte increíble que fue encontrarla.

Pero creo que ninguna información previa me podría preparar para visitar la espléndida sala dedicada a la judería del propio museo, que tiene una colección de pequeñas y no tan pequeñas maravillas.

Lo más espectacular son una veintena de lámparas de cristal usadas en la sinagoga. La historia de este tesoro único en el mundo es una sucesión de paradojas: la primera que más de cinco siglos después se haya conservado algo tan frágil como estas piezas de cristal.



La segunda que si han llegado hasta nosotros es, precisamente, porque ya estaban rotas hace quinientos años, pues se encontraron todas en un único espacio en el que se amontonaban los fragmentos de lo que, según los arqueólogos, eran luces que ya no se usaban, retiradas a algo parecido a la basura y que por eso se quedaron allí cuando los últimos sefardíes abandonaron Lorca.



Andrés me acompaña también a lo alto del cerro en el que su enorme castillo domina la ciudad. Allí, la judería de Lorca nos espera como un espectacular yacimiento arqueológico.

Veo más paradojas: el rechazo a lo judío o el miedo a la Inquisi-

ción hicieron que todo ese barrio en las alturas de la ciudad no se volviese a ocupar como sí se ocuparon casi todas las juderías de España.

Después de la expulsión llegó el olvido: ni los conversos se aventuraban por una zona que había sido suya y que fue borrándose de la memoria de todos hasta que no se sabía con exactitud en qué parte de la gran fortaleza se encontraba la judería.

Y han sido ese rechazo y ese abandono los nos han dejado el lujo arqueológico del que Lorca puede presumir y disfrutar ahora: una judería que quizá sea evocadora que la de otras ciudades, sí, pero que no sólo es auténtica en cada una de sus piedras, sino que está siendo y será aún más en el futuro una fuente enorme de información sobre Sefarad y los sefardíes, algo de un valor incalculable.

Por el momento se han encontrado ya 18 casas, algunas de ellas llamativamente grandes que nos hablan de una comunidad con cierto nivel de bienestar y que, quizá por estar algo más apartada del casco urbano o por encontrarse al abrigo de la muralla, podía lucir esa posición económica sin temor a represalias o a generar hostilidad.

La sinagoga

El espectacular conjunto, del que se cree que aún quedan bastantes casas por descubrir, tiene su punto culminante en algo que es también extraordinario: la sinagoga que se descubrió durante las excavaciones.

Para ella se ha diseñado una forma de mostrarse al público que he de reconocer que me gusta mucho: dentro de una zona cerrada y cubierta, el pequeño templo está a su vez cubierto por una gran estructura de madera que imita la forma que debían tener sus paredes y sus techos a finales del siglo XV.

La ingeniosa idea permite distinguir perfectamente lo que es original -¡que es mucho!- de lo que es el añadido actual, pero al mismo tiempo tiene una potencia evocadora innegable: creo que difícilmente nos podríamos sentir más conectados a aquel pasado, sentirnos tan cerca de aquella Sefarad y de aquellos españoles que rezaron allí hasta la fecha malhadada en la que tuvieron que abandonar su tierra.

Me cuentan que algunos visitantes judíos han llorado al entrar en la hasta hace poco olvidada sinagoga de Lorca y lo creo: hasta para mí es emocionante sentirme allí, saberme allí.





Tres culturas en la comida

Tras el viaje y una mañana tan intensa es necesario recomponer el ánimo y las fuerzas, ningún sitio mejor para ello que las Caballerizas del Castillo, el restaurante en el interior de la fortaleza lorquina. Para empezar porque me siento en una sombra refrescante desde la que veo los lienzos de muralla y la espléndida torre Al-fonsina. Pero por si esto no fuera suficiente, que lo es, en las Caballerizas del Castillo preparan un menú de las tres culturas que es perfecto para alguien que, como yo, ha llegado a la ciudad a la caza de la Lorca del pasado.

“

La comida está basada en recetas tradicionales de la zona y en platos con componentes y sabores sefardís o moriscos, pero lo más importante de todo es que es deliciosa: samosas de pollo, cuscús, el humus más exquisito que he probado nunca y también un muy local choto frito... una mezcla aparentemente imposible pero que funciona a las mil maravillas.

”

Y tras tanta cultura gastronómica es el momento de reposar no sólo la comida sino todo lo descubierto durante la larguísima mañana. Por suerte el hotel está muy cerca: si uno va a Lorca por su judería es casi imposible pensar en no alojarse en el Parador, que no sólo está literalmente sobre la propia judería, sino que es el responsable de que haya salido a la luz: el hallazgo arqueológico llegó durante las obras para construir el edificio dentro del recinto del castillo.



Es otra de las felices paradojas de Lorca: la polémica construcción del Parador dentro de la Fortaleza del Sol trajo el regalo de una de las juderías más interesantes de España.

Y por supuesto, además de su ubicación sus amplias y confortables habitaciones hacen al hotel perfecto para conocer Lorca y para lo que me dispongo a hacer ahora: dejar pasar las horas de más calor antes de volver a pasear por una ciudad que cuanto más conozco más me va gustando.

San Patricio, como en Irlanda

Bajando desde las alturas del castillo destaca sobre el panorama lorquino la enorme mole de la Colegiata de San Patricio, la única iglesia española consagrada al patrón de Irlanda que lo no

está por alguna vinculación con la verde Eire, sino por lo mismo que ha llevado a nombrar tantas cosas en España: un episodio de la Reconquista.

Aprovecho la tarde para entrar en la impresionante iglesia, de un estilo renacentista exuberante en su fachada, cuya piedra de color tierra se va enrojeciendo al sol del atardecer hasta que se diría que está esculpida en barro, como una monumental pieza de alfarería.

Pero la gran iglesia no es lo único impresionante: la plaza en la que está es bellísima, rectangular y perfecta. En uno de sus lados más largos está la colegiata, frente a ella una línea de casas antiguas que se diría que están cuidadosamente descuidadas.

En los lados cortos el precioso Ayuntamiento, con un doble arcada de piedra, y la imponente Casa del Corregidor con su gran escudo en la esquina.

Frente a ellas, las Salas Capitulares de la propia Colegiata y un precioso edificio de paredes blancas y color tostado en ventanas y balcones que es un ejemplo perfecto de la arquitectura típica de la ciudad.

Una arquitectura que me encuentro después en palacios, casas e iglesias por el casco antiguo de Lorca, al que dedico las últimas horas de la tarde, mientras el sol se pone por detrás de la gran fortaleza que sigue ahí, en parte protegiendo y el parte vigilando la ciudad, como lo ha hecho en los últimos 1.000 años, a pesar de los cambios e incluso a pesar de los terremotos.



DÍA 2:

¿UNA SEMANA SANTA JUDÍA?

Me he despertado prácticamente con el alba para ver cómo los primeros rayos de sol se iban despareciendo por encima de la muralla, de una forma no muy diferente -aunque seguramente bastante más cómodo, tengo que reconocerlo- a cómo los judíos de Lorca lo veían a sólo unos pasos de mi habitación.

Me pongo en marcha pronto porque la mañana volverá a estar cargada de historia: voy a recorrer la fortaleza medieval en la que me encuentro y, espero, descubrir todos sus secretos.

Me acompaña Enrique, un guía perfecto que me va desvelando lo mucho que se puede y se debe ver dentro del Castillo de Lorca, desde los vestigio más antiguos, como las partes de la muralla le-

vantadas durante la dominación árabe, hasta las más recientes huellas de la historia: alguna aún visible del terremoto de hace diez años.

“ De mi recorrido no puedo dejar de quedarme con las excepcionales vistas desde lo alto de las dos torres, pero también merece una visita el espectacular aljibe y, sobre todo, el placer que me supone pasearme por ese espacio tan grande y que es historia pura. ”



Algunas caminatas más y un nuevo paso por el Museo Arqueológico completan mi mañana, pero no puedo marcharme de Lorca sin asomarme a su Semana Santa, de la que me ha hablado todo el mundo y que, para mi sorpresa, tiene también un fuerte componente judío. ¿Cómo es posible?

“

La explicación es que estamos ante una Semana Santa más que peculiar, en la que en lugar de procesiones tal y como las conocemos, se celebran lo que sus protagonistas denominan “desfiles bíblicos” con personajes del antiguo testamento.

”

Para saber un poco más sobre esto visito el Museo de Bordados del Paso Blanco, una de los dos grandes cofradías de la ciudad.

Está en la antigua Iglesia de Santo Domingo -que por cierto es espectacular por sí misma-, y en él se muestran sobre todo las impresionantes capas bordadas que se lucen en los desfiles, llamativas, sorprendentes, únicas, algo que seguro que les llamará la atención y les gustará tanto como a mí, un recuerdo de lo judío tradicional y entrañable y, al mismo tiempo, con un innegable valor artístico.

Lorca me ha sorprendido y siento que debería quedarme más, conocerla mejor, disfrutarla más a fondo, pero es hora de partir: me espera Sagunto.





DÍA 3: SAGUNTO, CIVILIZACIONES AMONTONADAS

Por fin ha llegado el día en el que tengo la oportunidad de conocer Sagunto, la ciudad íbera y romana y, ahora lo sabemos, también judía. Quedo con mi guía Amir en la gran plaza central de la ciudad, a un sólo paso del casco antiguo, que comienza con la modesta pero bonita Plaza Mayor.

Buen conocedor de su oficio y de la historia de Sagunto, Amir me lleva primero que a nada al Museo Histórico.

En un precioso edificio medieval, en sus salas tranquilas encontramos restos de todos los pasados de la ciudad y, sobre todo, un objeto singularmente importante: una tablilla de plomo con forma de suela que es el primer testimonio escrito de presencia judía en lo que entonces era Hispania y luego fue España y también Sefarad.



Datada a finales del siglo I o principios del II, la lámina recoge una maldición y pese a su aspecto frágil y se diría que irrelevante, es quizá la pieza más destacada del museo. Mucho tiempo después quizá los descendientes de ese primer saguntino sefardí vivían en un conjunto de calles en la parte más alta de la ciudad, justo a los pies del castillo.



Rodeada por una muralla como muchas juderías de España, a la aljama de Sagunto se accedía por varias puertas de las que se conserva una: el Portalet de la sang -un nombre que en nada tiene que ver con ese pasado hebreo- que atravesamos para adentrarnos en el viejo barrio sefardí sintiendo un pequeño sobrecogimiento, como el que sobrepasa el umbral de la vieja casa en la que vivían los suyos, mucho tiempo atrás.



Al contrario que en Lorca, por lo que fue la judería de Sagunto han pasado tantas cosas y personas como tiempo, pero aún se conservan detalles que al buen viajero le llenarán de la misma emoción que me producen a mí: la pequeña plazuela en la que estaba la sinagoga y en la que una casa actual tiene una mezuzá o la vieja fachada medieval que todavía guarda en su jamba espacio para esos versículos de la Torá. El pasado y el presente se cruzan a sólo unos pasos el uno del otro.

Cementerios recordados

La judería de Sagunto llegó a ser una de la más importantes del Reino de Valencia e incluso la más poblada después de la horrible destrucción de la de Valencia. Durante siglos debió ser una barriada llena de vida y actividad, pero probablemente el testimonio más importante que nos ha dejado de su presencia sean sus dos cementerios, de los más interesantes y mejor conservados de la península. Los dos están en la ladera del cerro del castillo, prácticamente al abrigo de las murallas. El más antiguo casi podría pasar desapercibido al viajero que no conozca la historia: una serie de cuevas separadas unos metros unas de otras que van jalonando la estrecha carretera de subida.



Abandonadas durante siglos, usadas a veces para los más variados fines -incluso refugio antiaéreo-, últimamente se les ha colocado unas rejas en la entrada, algunas con motivos judíos, que ayudan a dejar testimonio de lo que fueron esas pequeñas cavidades en la montaña... y de lo que deben ser en nuestra memoria





El segundo cementerio es posterior y, precisamente, se creó como respuesta a los problemas que estaba generando el uso del primero.

Se descubrió hace sólo unos años y se corresponde más con la imagen que tenemos de un camposanto: tumbas excavadas en el suelo, cubiertas por lápidas... Se ha rescatado y musealizado un pequeño terreno junto a la muralla del castillo que es, probablemente, el cementerio sefardí mejor conservado de España. Rodeado de nuevos y todavía pequeños cipreses, en esta mañana nublada -pero no demasiado fresca- me siento en otro de esos lugares capaces de transportarte en el tiempo que suelen ofrecernos las ciudades de la Red de Juderías y, por un momento, pienso que seguro que está a punto de llegar un sefardí de la Sagunto de antes

de le expulsión a honrar a sus muertos que, aunque quizá el no lo sepa, también son los míos.

Otro castillo y unas letras en hebreo

Si la Fortaleza del Sol de Lorca es grande, el castillo de Sagunto probablemente aún lo es más: inmenso en la altura desde la que se domina toda la costa, paseo por su interior y lo veo como el resumen perfecto de lo que es Sagunto: restos íberos, romanos (de varias épocas), medievales, tardomedievales, del siglo XIX e incluso del XX se amontonan no sin cierta confusión, pero desde luego con notable grandiosidad.

En el centro del enorme recinto hay un delicioso museo epigráfico, con un encantador regusto a viejo gabinete de antigüedades y repleto de antiguas piedras con inscripciones.

La mayor parte son latinas, como cabía esperar, pero en la sala del fondo varias llevan unas letras diferentes que reconozco aunque no sea capaz de entender: hebreo grabado sobre las viejas rocas, un testimonio (otro) de una comunidad que pasó por aquí y quiso y pudo dejar huella de ese paso.

“

No recorro toda la inmensidad del castillo, que se me hace inabarcable y más cuando se acerca peligrosamente el mediodía y todavía nos queda otro hito de la herencia judía de Sagunto: un mikvé -el espacio para el baño ritual judío- que se conserva en la Casa de los Berenguer, un espectacular palacio gótico-renacentista. Una pieza más de un patrimonio que es, cada minuto estoy más convencido, realmente espectacular.

”



A la sombra del teatro

Paro a comer y lo hago en una pequeña terraza casi en lo más alto de la ciudad, a la sombra del gran Teatro Romano.

La Taberna de la Serp me reconforta con una cerveza muy fría y algunas tapas que también tienen al menos parte de su inspiración en la cocina sefardita, como en el riquísimo falafel o en una sor-

prendente y deliciosa ensalada de encurtidos.

Es el momento perfecto para huir de las horas de más calor y luz más dura, descansar e ir descargando fotos y notas.

Vuelvo a la Domus Atilia, el tranquilo Bed and Breakfast cerca del centro que he elegido como base de operaciones y en el que Inés me

colma de simpatía y atenciones.

Ya con el sol más cálido y amable de la tarde salgo de nuevo a buscar algunas fotografías más y paseo hasta que la noche me alcanza por las calles estrechas de la judería, iluminadas con luces muy cálidas que dejan mucho espacio a las sombras y también a la imaginación o, quizás, incluso al sueño.



Lo más llamativo es un largo tramo de calzada -algo más de 60 metros- en un estado de conservación sorprendente: las losas de piedra perfectamente alineadas responden a la imagen de meticulosidad que esperamos de las construcciones romanas, pero que es tan difícil que el tiempo nos deje disfrutar y menos en el corazón de una ciudad.

Pero eso no es todo: hay restos de un edificio monumental, no está claro si un templo, hay casas y, un poco más allá, una pequeña necrópolis visigótica y un par de viviendas de la época de dominación musulmana.

Ante la complejidad y la riqueza del conjunto es imposible no pensar en las maravillas que se habrán perdido bajo el suelo de Sagunto y, todavía más, en las que aún estarán esperando la pala del arqueólogo y la curiosidad del viajero. ¿Qué tesoros íberos, romanos, judíos, musulmanes y cristianos no nos quedarán por descubrir?

“

Me lo pregunto mientras, a unos metros bajo el nivel de la calle actual, contemplo la vieja Sagunto romana y por encima de mi cabeza los vecinos acceden a sus viviendas a través de una pasarela con paredes de cristal.

Gracias a ellas nosotros podemos verles y ellos pueden entrar y salir de su casa como sobrevolando esa maravilla arqueológica de casi dos mil años de antigüedad a la que, por la fuerza de la costumbre que es capaz de que nos habituemos incluso a lo más excepcional, casi no dedican ni una ojeada rápida.

”

Les miro y les envidio, la verdad, aunque soy consciente de que yo también me acostumbraría a ese portal que puede que sea el más espectacular del mundo y que, sobre todo, se ha convertido sin quererlo en una metáfora perfecta del día a día de una ciudad que tiene que convivir con un pasado excepcional, apabullante, y que lo hace y lo va rescatando para que otros lo disfrutemos, ya sea buscando la Sagunto musulmana, la romana, la medieval o la judía, que al fin y al cabo eran un poco todas la misma.

Pero basta ya de ensoñaciones, es hora de volver a casa, el viaje se acaba y mientras se va convirtiendo en un recuerdo hay que ir pensando en la siguiente aventura, en la próxima ocasión en la que saldremos de casa buscando viejas juderías.





ÁVILA · BARCELONA · BÉJAR · CÁCERES · CALAHORRA · CÓRDOBA ·
ESTELLA-LIZARRA · HERVÁS · JAÉN · LEÓN · LORCA · LUCENA · MONFORTE
DE LEMOS · PLASENCIA · RIBADAVIA · SAGUNTO · SEGOVIA · TARAZONA ·
TOLEDO · TUDELA · TUI



CAMINOS DE
SEFARAD
RED DE JUDERÍAS DE ESPAÑA

redjuderias.org
descubresefarad.com
descubridores@redjuderias.org

